

nece; no es ambiciosa; no busca su propio interés; no se irrita; no piensa mal; no se alegra de la iniquidad, sino que se goza en la verdad; lo sufre todo, lo cree todo; lo espera todo; lo soporta todo.

Santa Chantal había hecho escribir estas palabras en las paredes de su monasterio; y si alguna vez, en su presencia, faltaba una hermana á la caridad, la enviaba á leer aquel pasaje admirable, que llamaba ella *el espejo del convento*.

Y, efectivamente, es *un espejo* que nos recuerda á todos indistintamente, y en cualquier circunstancia en que podamos encontrarnos, cómo nos debemos portar con nuestro prójimo.

La delicadeza de nuestra salud, el aislamiento por causa de nuestro estado, la flaqueza de nuestras fuerzas, las angustias de nuestro corazón, pueden incapacitarnos para servir al prójimo ó darle limosna; pero podemos ser siempre *afables* al hablarle, *pacientes* en soportar y sufrir sus defectos y aun sus groserías; alegrarnos de su felicidad; siempre podemos *ofrecer* por él nuestras oraciones, nuestros padecimientos, y *asociarnos* con gozo al bien que hace.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios por haber puesto á nuestra disposición, todos los días y á todas horas, los medios de cumplir el mandamiento del *amor al prójimo*, que por sí solo, dice san Juan, puede darnos la seguridad de que amamos á Dios! Si, si; consolaos y tomad aliento, almas tímidas y pusilánimes, á quienes atormenta la incertidumbre de saber si estáis en paz con Dios; interrogad á vuestro corazón, y

ved si estáis en paz con vuestro prójimo y si amáis sinceramente á las personas con quienes vivís. ¿Es satisfactoria la respuesta de vuestro corazón? Dad gracias á vuestro buen Dios; Dios os dará á *vosotros* la misma respuesta que os dé vuestro corazón cuando le habléis del prójimo.

ARTÍCULO 3.º

Práctica del amor debido al prójimo.

«¡Oh caridad, virtud favorita de Jesucristo!
¡Caridad que manas de su sagrado corazón!
¡Tú que tan expresamente y con tan vivas instancias nos has sido recomendada por el divino Maestro! ¡Tú que eres la señal por donde quiere que todos conozcan á sus discípulos!
¡Amable virtud, verdaderamente digna de las santas esposas del santo de los santos! Tú eres, no solamente el lazo de las comunidades religiosas, sino también quien las congrega y las forma; tú eres su indestructible y solidísimo cimiento y su más firme sostén. ¿Qué sería sin ti un monasterio sino casa de división y discordia, conventículo de personas que viven sin paz, sin armonía, sin amistad y sin orden, entre las cuales habitaría el demonio, y que serían odiosísimas á los ojos de Dios y de los santos? Pero un monasterio en donde tú reinas es morada en donde gozoso habita Jesucristo en medio de sus esposas; es vivienda de ángeles terrestres, que, merced á tus castas dulzuras, empiezan ya á saborear las inefables delicias de

que se saciarán eternamente los moradores de la celestial Jerusalén. ¡Oh! ¡Cuán felices son las religiosas cuando viven en un monasterio en donde *la caridad* reina como soberana! Y, al contrario, ¡cuán dignas son de lástima las que se encuentran en una casa de donde se ha desterrado la caridad! ¡Cuántos pecados se cometen en una casa religiosa cuando no hay caridad! ¡Cuántas virtudes se practican merced á la caridad cuando está bien afianzada!

»Por ella manda la superiora con dulzura, con bondad, con ternura maternal; por ella las súbditas obedecen con respeto, con humildad, con exactitud, con presteza, con amor. El yugo del superiorato, tan pesado por sí mismo, es suave, ligero y hasta consolador cuando gobierna la caridad; el yugo de la obediencia es dulzura y consolación, no cuesta nada llevarle y es amabilísimo cuando se lleva por caridad. En una palabra, todo es suave, todo es encantador donde reina *la divina caridad*.

»¿Quién, pues, podrá resistir á los atractivos á los hechizos de la hermosa caridad? ¿Qué religiosa ha de querer desterrarla de su comunidad para sustituirla con la discordia, las disputas, la acrimonia, las riñas, la turbación, la maledicencia, la calumnia, la murmuración, las pandillas, las divisiones? ¡Ah! ¡No perdonéis nada, las que leéis estas líneas, para conservarlas entre vosotras; antes que perderla, y aun alterarla, sacrificad todas vuestras satisfacciones, todos vuestros derechos, todas vuestras prerrogativas, todo punto de honra, todo propio interés. La caridad vale más que todas es-

tas cosas, y es mucho más de apetecer para vuestra tranquilidad y para vuestra salvación que todas las ventajas de este mundo. Aun cuando se trate del primer cargo de vuestro monasterio, del empleo que más ambicionáis, de la celda que quisierais escoger ó que más os conviene, de cualquier otro honor ó de cualquier otro bienestar personal, ¿qué es todo esto si lo obtenéis á costa de la caridad, sino vanidad y aflicción de espíritu? Mas la caridad sola bastará para proporcionar á vuestra alma las más preciosas ventajas, porque con ella se posee el corazón de Jesucristo, y en ese corazón se encuentra la salvación» (1).

Después de este elogio tan merecido de la caridad fraterna, ¿no os sentís animadas de un santo ardor para practicarla? Leed, pues, con avidez las siguientes páginas.

Vamos á indicar:

1.º *Los actos que exige de la religiosa la caridad fraterna.*

2.º *Las causas de las faltas que se cometen contra la caridad fraterna.*

(1) P. Marín.

PÁRRAFO PRIMERO

ACTOS DE LA CARIDAD FRATERNA

I

Amar al prójimo es no dejar pasar ningún día sin prestarle algún servicio.

Si conociéramos el valor que tiene á los ojos de Dios aun la más pequeña obra de caridad, ¡cómo suspiraríamos por las ocasiones de poder practicar alguna! Y estas ocasiones no sólo las aprovecharíamos con gozo, sino que las *buscaríamos*, las *crearíamos*, por decirlo así, á cada instante del día.

Cada vez que viéramos á una de nuestras hermanas, nos diríamos como el agente de negocios que ve á un cliente: «*He aquí una ocasión de negociar para el cielo*», y discurriríamos el medio de serle útil. ¿Qué nos importaría el no poder prestarle más que un ligero servicio? El negociante no desperdicia las pequeñas ganancias, porque sabe que, repetidas con frecuencia, esas pequeñas ganancias forman grandes caudales.

Acordaos de este precioso pasaje, sacado de una porción de piadosos consejos: «Una joven escribía en uno de esos momentos en que el corazón siente imperiosamente necesidad de sacrificarse: *Si me atreviera, le preguntaría á Dios, ¿por qué estoy en el mundo? ¿Qué es lo que hago? ¿Qué es lo que tengo que hacer?..... No sé nada..... Mis días se pasan en balde. ¡Si pudiese yo hacerme algún bien, ó hacérselo á*

otro, á lo menos un minuto por día!..... Algunos días después, repasando estas líneas en un momento de más calma, añadió: *¡Ay, Dios mío! No hay cosa más fácil; no tenía que hacer más que tomar un vaso de agua y dárselo á un pobre.»*

Si, *tan poco como eso*, dado en nombre de Dios, nos permite ser útiles y esperar la recompensa en el cielo; *menos que eso todavía*: dar un buen consejo, prestar un objeto, sufrir con mansedumbre una adversidad, dirigir una súplica á Dios en favor de uno, reparar la falta ó el descuido de otro sin que él lo advierta; Dios tiene cuenta de todo (1).

Y Dios, en su deseo de recompensarnos, tiene la bondad de multiplicar á nuestro alrededor las ocasiones de ser útiles.

No desperdiciemos, pues, ninguna de estas ocasiones. No hay día, no hay hora quizá, en que no podamos hacer algún bien á esas hermanas con quienes vivimos, á esos niños ó á esos pobres que nos han sido confiados, á esas personas que vienen al locutorio á quitarnos algunos minutos de tiempo.

En la práctica:

1. *No rehusemos jamás el favor que se nos pide*, cuando para prestarlo no tenemos que violar un mandamiento expreso, ó cuando podemos sencillamente suponer que nuestros superiores no desaprobaban nuestra condescendencia. Como, por ejemplo, reemplazar por un momento á una hermana en el empleo de que

(1) Pailletes d'or.

está encargada; comunicarle los medios que la experiencia nos ha dado á conocer, y que podrán servirle para cumplir más fácilmente con su cargo; sufrir con gusto alguna molestia para desempeñar una comisión que á otra desagradaría: prestar desde luego un libro ó cualquier otro objeto. Ni aun debemos esperar á que nos pidan el favor, debemos hacerlo en cuanto conozcamos que es útil ó agradable á una compañera (1).

2. Debemos estar dispuestas á desempeñar sencillamente y sin rodeos esos menudos servicios para los que no tienen muchas veces las superiores de quien echar mano, y á reparar todos los descuidillos que advirtamos. La religiosa que así sabe aprovechar las ocasiones de multiplicar los actos de caridad, puede muy bien decir que ha encontrado una mina de oro,

(1) «En el mundo se dice: «*La caridad bien entendida empieza por sí mismo*»; mas en una comunidad consagrada á la práctica de los consejos evangélicos no es admisible esa máxima, sino que la religiosa debe *prestar siempre* (con la autorización de la superiora, por supuesto) lo que le pidan y de que pueda prescindir en aquel momento, en la seguridad de que el buen Dios, este Padre tan tierno, le prodigará los cuidados de su Providencia si por su amor se complace en servir á sus hermanas, que, como ella, son hijas suyas. No digas que *los objetos que pasan así de mano en mano no tardan en echarse á perder*. Este es un ardid del demonio para impedirte practicar la caridad, porque no eres propietaria de esos objetos; solamente tienes el uso de ellos, y este uso te le puede quitar la obediencia. Ponte en lugar de la hermana á quien rehusas una cosa que necesita; ¿te gustaría que te la negaran? Pues no causes ese disgusto á otra. Además, ¿es tan grato servir al prójimo por amor de Dios?» (Madre Emilia.)

de donde saca preciosas riquezas para el cielo.

3. Considerémonos como *las siervas* de todas nuestras hermanas, y tres veces al día acordémonos de esta condición de siervas que voluntariamente nos hemos impuesto, al recitar el *Angelus*, y al repetir aquellas palabras de la Santísima Virgen: *Ecce ancilla Domini..... Yo soy la sierva del Señor*. No temáis la sujeción, más aparente que real, á la que parece obligaros esta determinación. La palabra *sierva* no es horripilante cuando la elige el amor; ¿y acaso no la escogéis *por amor Dios*? ¿No es á una *hija de Dios* á quien servís? ¿No es á una *esposa de Jesucristo* á quien evitáis molestias y suministráis alivio? ¡Oh, cómo pagará nuestro buen Dios en el cielo cada servicio prestado por su amor! ¡No miréis, pues, sólo á vuestra hermana, mirad á Dios, mirad la recompensa que os espera!

II

Amar al prójimo es poner á su disposición, para el bien de su alma y de su cuerpo, todo cuanto se tiene.

Poco es lo que tiene la religiosa, y aun eso poco no lo puede dar ni ceder, porque, habiendo renunciado por el voto de pobreza, en general á lo menos, á toda propiedad, tiene sólo el uso de lo que los superiores dejan en su poder: mas si tiene *pocas cosas materiales* que dar ó prestar, hay *otros tesoros* que Dios en su bondad deja á nuestra disposición, siempre dentro de los límites que El mismo ha trazado.

I. Entre estos tesoros está *nuestro corazón*; nuestro corazón siempre amante; nuestro corazón, que la religión no ha empequeñecido, sino que lo ha hecho más sensible, más afectuoso, haciéndolo al mismo tiempo más fuerte y sobrenatural; y nuestro corazón es el que, bajo la mirada de Dios, debemos dar á *nuestra comunidad y á cada uno de los miembros de nuestra comunidad*.

1. Nuestra *comunidad* debe sernos *la más querida* de las comunidades; podemos compararla con otras, glorificar á las otras, pero debemos siempre y en todo preferir á todas las demás aquella á la cual nos ha llamado nuestro buen Dios. Esta es la familia de nuestra alma: en ella está la cuna de nuestra vida religiosa; en ella hemos crecido, rodeadas de cuidados espirituales y temporales; en ella debemos morir. Por lo tanto, debe participar del privilegio de aquella otra familia material á la cual la hemos preferido: debe, pues, ser amada más que todas las demás, debe ser apreciada más que todas las demás. Y si, después de lecturas ó conversaciones que nos pintan la alegría y las virtudes de las otras casas religiosas, nos ocurre decir: *se debe estar muy bien en aquellas comunidades*, nuestro corazón debe contestar en seguida: *se está mejor en la nuestra*.

2. Nuestras *hermanas* deben ser objeto del amor de nuestro corazón, no en el concepto de que su vista ó su recuerdo deba excitar en nosotros alguna emoción, sino en cuanto que debemos querer para ellas el bien sinceramente, y desearles buen éxito en todo cuanto hacen

para gloria de Dios; debemos también pedir para ellas, y pedir todos los días, *virtudes* que les granjeen méritos para el cielo, y *sentimientos* de piedad que les haga fácil la vida común y las sostenga en sus trabajos.

Gran lástima sería que tuvierais más caridad con las personas de fuera que con estas *hermanas* que forman vuestra familia espiritual. A los de fuera sólo os debéis *según la medida de vuestro ministerio*, mientras que os debéis á vuestra comunidad *en toda la extensión de vuestra caridad*. Así, en vuestras *oraciones*, en vuestra *abnegación*, haced que vuestra comunidad sea lo primero Vuestros mismos padres deben ocupar el segundo lugar, porque, como dice el P. Eymard, pertenecéis más á vuestra familia según la gracia, que á vuestra familia según la naturaleza, puesto que para entrar en la primera habéis sacrificado la segunda.

3. Mas he aquí un grito que se escapa del corazón: *¿Y á mi padre y á mi madre cómo debo amarlos?*

—No améis *menos*, sino amad *mejor* á todos los que amáis.

Amadlos con la misma ternura, pero que esta ternura sea más sobrenatural.

Compadeceos de sus penas, pero que con esta compasión no flaquee vuestro ánimo.

Llorad con ellos, pero que vuestros ojos arrasados en lágrimas miren siempre al cielo.

Consoladlos más afectuosamente que antes, pero que esta consolación no tenga nada de humano ni terrenal.

Pensad en ellos, pero que este pensamiento jamás aleje, ni siquiera debilite, el pensamiento de Dios.

«Cuando subas del mundo á la vida religiosa, dice un piadoso autor, no suprimas ninguno de tus afectos legítimos, pero transfórmalos todos. Amabas á tus padres como se ama en la tierra; ámalos en adelante como se ama en el cielo..... Dios te ha dicho como á Abraham: *Sal de tu pueblo y de la casa de tus padres*. Te ha dicho también como á María: *Oye, hija mia, y mira; aplica el oído á mis palabras, olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre*. Te ha dicho además: *Ven, te espera una corona*. Así te llamaba al *paraiso de la gracia*; si te hubiese llamado al *paraiso de la gloria*, Dios habría sin duda empleado la misma fórmula. Pues si estuvieras ahora en el cielo, habría entre tus padres y tú una barrera infranqueable; toda relación sensible habría desaparecido; las manos no estrecharían ya á las manos; las miradas no se encontrarían ya con las miradas; adiós caricias, adiós confidencias, adiós conversaciones, adiós cartas. La *regla* sería esta separación, la *regla* este silencio, y *regla* inflexible que obligaría aun cuando el corazón de los que lo sintieran no quisiese aceptarla.

¶ Pero, porque no pudieras ver con los ojos del cuerpo á estos padres tan amados, ¿los amarías menos? ¡Oh, cómo te habías de interesar por todo lo que les interesa! ¡Cómo tu alma, íntimamente unida á Dios, se ocuparía en la salvación de sus almas! ¡Cómo pedirías á Dios que los santificara y los llevara al cielo contigo!

Y si Dios te permitiera ir alguna vez á visitarlos en forma humana, ¡cómo los conducirías á Dios con el insinuante y persuasivo lenguaje del amor, del cariño, de la gratitud! ¡Cómo les harías comprender la vanidad de estas cosas perecederas! ¡Cómo los consolarías en sus penas! ¡Cómo serías para ellos con toda verdad su *ángel custodio*!

He aquí lo que, siendo religiosa, debes hacer por tus padres. Debes considerarte, siempre que te llaman al locutorio ó les escribes, como *venida del cielo y enviada directamente por Dios á visitarlos*» (1).

4. Entre las hermanas que te rodean y forman tu familia, hay una á quien debes amar con un afecto particular, una á quien debes amar más que á las otras; á quien Dios ha dado una parte de su autoridad sobre ti

(1) «Si Dios te sometiera á la terrible prueba de ver á tus padres sumidos en *la pobreza* y tener absoluta necesidad de tus auxilios, no hay duda que tendrías, religiosa profesada, motivo de grande turbación; pero te diríamos: Permanece siempre unida con Dios, y expón sencillamente á tus superiores el estado de tu familia, ellos te dirán lo que tienes que hacer. La Iglesia, con su maternal sabiduría, lo ha previsto todo, y he aquí las decisiones que ha tomado: «Los hijos están obligados á salir del convento, aun después de su profesión, para asistir á sus padres cuando, de no hacerlo así, hay peligro de que se vean en *extrema necesidad*. Están divididas las opiniones con respecto al caso en que sólo estuvieran reducidos á *grave necesidad*, y san Ligorio tiene por más probable en este caso que el religioso no puede salir del monasterio hasta que haya obtenido el permiso de sus superiores, sea que la necesidad de los padres haya precedido ó haya seguido á su entrada en religión». (Craisson, núm. 307.)

para conducirte á El, y á quien llamas *maare*.

Más adelante hablaremos de la obediencia y del respeto que se le debe; permítasenos únicamente deciros aquí á todas las religiosas: Pedid á Dios todos los días la gracia de tener para con vuestra superiora los verdaderos sentimientos de una hija para con su madre; cuanto más la améis así, tanto mayor será vuestra confianza para acudir á ella, y tanto más útil será á vuestra alma. Es una gracia *preciosa el tener filial afecto á la superiora*, gracia *rara* porque casi nunca se pide á Dios, ó se pide como de paso; y por otra parte, no hay suficiente humildad ni bastante sumisión.

II

Otro tesoro del que podemos disponer es nuestra *inteligencia*, y debemos aplicarla á *estimar* realmente á nuestras hermanas todas. Ciertamente no es muy difícil amar á una alma que tiene verdaderas virtudes y que es objeto de la estimación de Dios; basta para ello ser *bueno* y siquiera un poco *justo* consigo mismo. Debiéramos sonrojarnos, humillándonos profundamente, de alimentar en nuestro pecho sentimientos de menosprecio. Si respecto á algunas, sin embargo, brotase en nuestro corazón algún sentimiento de desconfianza, de indignación ó desprecio, debemos obligarnos, antes que eche raíces, que á veces son muy difíciles de arrancar, debemos obligarnos, repito, á ir á *pronunciar el nombre* de esas hermanas delante de nuestro buen Dios, y aplicar á cada una de

ellas en particular las razones sobrenaturales que hemos dado en las primeras páginas de este capítulo, en donde se demuestra que *el prójimo merece ser amado*.

III

Otro tesoro del que podemos disponer son *nuestras palabras, nuestro porte, nuestro exterior*.

Si nuestro *exterior* es benévolo, afable, risueño, atrae á las almas tímidas, pusilánimes, afligidas, y les permite venir á decirnos sus penas, y dándonos ocasión de aliviarlas y fortalecerlas, hace por ende que nos semejemos al buen Dios. ¡Oh! Qué dulce es para un corazón amoroso el poder decirse á sí mismo: *He hecho el bien*; y poder decir á Dios: *¡Dios mio, hoy he hecho lo que vos hacéis siempre!*

Cuánto bien haría en una comunidad la hermana algo antigua, *sobre todo* si tuviera en su manera de ser, en su aspecto, en todo su exterior, ese algo de celestial y atractivo que irradia siempre del corazón bondadoso, y que parece decir: *¡Venid á mí!*

Sí, á ella iría aquella hermana tímida que apenas se atreve á hablar en recreación, que parece tener miedo á sus compañeras y que por lo mismo siente vacilar su vocación, y *ella* la iría habituando poco á poco y la afianzaría en sus buenos deseos.

A ella acudiría esa otra hermana de conciencia tímida y delicada que siempre teme ofender á Dios, que tiene reparo en ir á la su-

periora ó al confesor, y *ella* la reanimaría, la formaría, la conduciría al lado de la madre, la enseñaría á orar.

¡Oh! ¡Cuán grande beneficio hace el Señor á una religiosa cuando le concede el dón de *inspirar confianza!*

Vuestra *palabra*, si es dulce y afable, tiene siempre el poder de curar, á lo menos momentáneamente, las llagas del alma y del corazón. ¡Oh! ¡Si comprendiéramos el valor de una palabra dicha con bondad y con afecto! Tiene un poder, dice el P. Fáber, que parece sobrepajar á la Naturaleza. Es como la voz de un ángel que se apareciera sobre la tierra, y cuyos acentos inmortales hirieran suavemente los corazones, depositando en nosotros algo de la naturaleza angélica. Parece que se le ha dado hacer lo que en realidad sólo Dios puede hacer, es decir, enternecer y calmar los corazones. ¡Cuántas almas abatidas han sido confortadas por una palabra cariñosa! ¡Cuántos corazones desfallecidos han encontrado la fuerza que les faltaba para hacer el bien, después de una palabra que los levantaba á sus propios ojos! ¡Cuántas vocaciones vacilantes se han sentido afirmadas por las palabras benévolas y afectuosas de una simple compañera!

III

Amar al prójimo es procurar adquirir, para hacerle la vida más dulce, lo que se llama *menudas virtudes*.

De la reunión de un *corazón amante*, de una *inteligencia benévola* y de una *palabra dulce*, nace ese precioso conjunto de *menudas virtudes* que forman el encanto de las comunidades, mantienen el bienestar y la paz, suavizan los rozamientos inevitables en el continuo contacto de caracteres y de temperamentos diferentes, y hacen realmente de la casa en donde reinan un trasunto del Paraíso.

¡Ay! ¿Quién ignora que basta el carácter defectuoso de una sola religiosa para que sufra toda la casa? ¿Quién no sabe que una comunidad puede ser regular, piadosa, austera, y sentir, sin embargo, cierto malestar indefinible, que deja en el fondo de las almas vaga inquietud y las hace casi desgraciadas? Hay amor de Dios, amor á las hermanas, pero una nonada produce divisiones y descontento..... En esa comunidad falta la práctica de *las menudas virtudes*.

Vamos á indicar cuáles son éstas, y quisiéramos que esta enumeración fuera de vez en cuando asunto de *examen particular*. Habría realmente provecho para la comunidad y para cada religiosa, si cada cual tratase de practicar todos los días una de *esas virtudes*.

1.º—LA INDULGENCIA

Esta es la virtud de las almas realmente grandes que miran más alto, y ven mejor que las demás; no se les ocultan las faltas, pero ven desde luego lo que puede disminuirlas, escusarlas, explicárselas cuando menos. Ser indulgente es el carácter propio de esos espíritus extremadamente sinceros, juiciosos, profundos, que han sabido conocerse, y conocen á la humanidad y sus flaquezas. Así no retiran su estimación del que comete una falta, sino que le acogen siempre con amor en cuanto le ven arrepentido. En una comunidad, la indulgencia conserva siempre los lazos de la caridad; ella es la que defiende al culpable, le ampara, le ofrece un asilo, le enseña cómo debe reparar su falta, y cómo puede, en cierta manera, engrandecerse á veces y realizarse después de una falta. ¡Cuántas recaídas, más tristes que el primer tropiezo, se habrían podido evitar con un poco más de indulgencia!

«No he visto jamás, dice un autor piadoso, que una persona bien pensada y modesta tenga gusto en espiar y observar las acciones de los demás, ni ocuparse en eso investigando y procurando saberlo todo. No he encontrado tampoco ninguna que, llevando una vida interior y recogida en unión con Dios, se complazca en juzgar y censurar cosa alguna. A las personas que así juzgan les falta *seso ó virtud*, y generalmente uno y otra; la cabeza no tiene seso, y el corazón está vacío de amor.» «Si

un acto, dice san Francisco de Sales, pudiera tener cien caras, deberíamos mirarle siempre por la mejor. Cuando la gravedad del acto no permita ninguna excusa, debemos excusar la intención; y si ni aun ésta puede excusarse, se ha de atribuir la falta á la violencia de la tentación, á ignorancia, á irreflexión ó á la flaqueza humana.»

2.º—LA CARITATIVA DISIMULACIÓN DE LAS FALTAS

Esta virtud es la que, al parecer, no advierte las faltas, los agravios, las desatenciones, sobre todo cuando el blanco de tales agravios ó groserías es precisamente la persona que tiene esa virtud. Esta sabe pasar por alto una palabra picante, un gesto desdenoso, y continúa tan risueña ante la hermana que la ofende en público como si no lo entendiera. Sigue al pie de la letra el caritativo consejo de san Pablo: *Disimulad, soportad los defectos de vuestros hermanos.* ¿Por qué el Apóstol no dice: *reprended, corregid, castigad*, sino *disimulad*? Porque ordinariamente no somos nosotras, simples religiosas, las que tenemos obligación de corregir; esta incumbencia está reservada á nuestros superiores; nuestro deber es ante todo *sufrir* lo que nos importa directamente; *ignorar* lo que no nos importa.

¡Cuántas religiosas de carácter ligero, pero de corazón sinceramente bueno, se sienten profundamente humilladas, y á menudo desalentadas, al pensar que se conocen, se comentan y se critican todas las faltas que sin malicia

cometen! La caridad que aparentase ignorar la mayor parte de esas faltas, atendiendo solamente á los esfuerzos de la culpable para corregirse, ¿no le sería más útil á esa hermana para su adelantamiento espiritual?

3.º—EL GENIO AFABLE Y RISUEÑO

Esta virtud atrae siempre; la sonrisa que casi continuamente asoma á los labios, complace á los que se le acercan. Es á veces una sonrisa casi imperceptible, ó más bien lo que puede llamarse *amabilidad*. El alma verdaderamente caritativa sabe que *es preciso atraer para conducir á Dios*, y que nada atrae tanto como un cariñoso recibimiento; así, aun cuando esté triste, tiene mucho cuidado de no hacer sentir su tristeza á los demás; los que van á ella se retiran siempre tranquilos, *reanimados*, y preguntándose siempre: *¿cuándo podré volver?* Tiene por divisa aquellas palabras de san Pablo: *Regocíjaoos en el Señor*. Y ¿cómo no ha de estar contenta? Ama á Dios, ama á sus hermanas; se siente amada de Dios y de sus hermanas; ¿no es éste el verdadero manantial de toda alegría?

Y esta alegría procura comunicarla á todos, y lo consigue, porque san Francisco de Sales pide que las conversaciones sean *santamente* alegres. «Las hermanas, dice, tienen necesidad de recrearse; no es bueno que tengan tirante el espíritu y se vuelvan melancólicas.»

Felices las hermanas que se esmeran en procurar á sus compañeras aquellas deliciosas

recreaciones, durante las cuales los donaires, las indirectas, las agudezas, los chistes, las bromas inocentes, alegran, explayan, y proporcionando al espíritu, al mismo tiempo que al cuerpo, una especie de *creación*, los vigorizan y disponen para la oración y el trabajo.

Esas hermanas tienen mucho mérito delante de Dios, y son muy útiles á la comunidad. La casa en donde reina esa dulce alegría, es casa en donde se sirve bien á Dios.

He aquí la doctrina de san Francisco de Sales sobre las palabras y los chistes de las recreaciones: «Los temas santamente alegres son aquellos en que no hay nada malo ni se tacha al prójimo de imperfecto. Porque es falta que nunca se ha de cometer, ni conviene tampoco tratar de cosas inconvenientes, ni aficionarse á hablar largo tiempo del mundo y de cosas vanas; porque ni siquiera merecen que en ellas fijemos nuestra atención; bastan, pues, sobre esto dos ó tres palabras para volver luego al tema. Ningún mal hay en reirse un poco de alguna expresión que haya dicho una hermana, ni en decir una chanzoneta que la mortifique un poco, con tal que no la contriste; si yo lo hubiese hecho sin mala intención y por mero pasatiempo, no me confesaría de semejante cosa. Cuando aspiramos á la perfección, debemos encaminarnos al bien, pero sin apesadumbrarnos cuando no siempre lo hallamos. Se ha de ir al recreo con sencillez é ingenua franqueza, por Dios, para mejor alabarle y servirle, y si no se tiene intención actual, basta la general.»

4.º—LA DOCILIDAD DE ESPÍRITU

Esta virtud jamás impone á nadie su opinión sin grandes motivos; antes bien acepta sin oposición lo razonable y bueno que los demás proponen; cede fácilmente, y sin manifestar impaciencia ni despecho; aplaude con ingenuidad todo lo bueno que sus hermanas dicen. Ha oído la voz del Espíritu Santo: «*No disputes*», y obedece al Espíritu Santo. Pero acaso dirá alguna: *Yo tengo razón, y no puedo sufrir las tonterías y despropósitos de mis hermanas; lo que dicen es contra el buen sentido.* Pues tened presentes estas palabras de los santos: *Una onza de caridad vale más que cien libras de razón.* Manifestad vuestro sentir para entretener la conversación, mas después dejad que lo impugnen, sin defenderlo con tenacidad. ¿No vale más ceder de buen grado, y hasta darse por vencido, que enfadarse, descomponerse, ofender y humillar á los demás?

5.º—LA AFABILIDAD

Esta virtud es la que practicaban sobre todo san Francisco de Sales y san Vicente de Paúl; es la virtud que aquí en la tierra excita más el recuerdo de nuestro Señor Jesucristo, y se define así: virtud que derrama cierta suavidad en los negocios y en las comunicaciones serias que tenemos los unos con los otros.

Ved el precioso retrato que nos ha dejado de san Francisco de Sales la persona que me-

or ha conocido su corazón, santa Chantal: «Rece-
cibía á todos con rostro igual y risueño, sin despedir á ninguno, de cualquiera condición que fuese. Escuchaba tranquilamente á todo el mundo, y tanto tiempo como cada uno quería. Hubiérase dicho que no tenía otra cosa que hacer; tanta era su paciencia y afabilidad; y tan contentos y satisfechos se retiraban todos, que en verdad se alegraban de tener que tratar con él algún asunto, por gozar de la extremada dulzura y suavidad que derramaba en el corazón de cuantos le hablaban, de los cuales por este medio conseguía que en él depositaran la más absoluta confianza, sobre todo cuando las comunicaciones eran de cosas del alma; porque tenía sus delicias en hablar de la santa devoción y en excitar á todo el mundo, si hubiese podido, á practicarla, cada uno según su vocación y estado. El porte y el hablar de este bienaventurado eran en extremo majestuosos y serios; empero lo más humilde, más dulce y sencillo que se haya visto jamás, porque era sin arte, sin afectación y sin encogimiento. Jamás se le oyó pronunciar palabra inconveniente ó que indicara ligereza. Hablaba en voz baja y grave, pausada, dulce y sabiamente, con incomparable eficacia, sin rebuscar elegantes palabras y sin afectación; con frecuencia observé que no decía nada de más ni de menos, sino solamente lo preciso, y en tan buenos términos que no había más que decir. A menudo contaba chascarrillos, pero con tanta modestia que, los que los oían, quedaban á un mismo tiempo recreados y edificados.»

¿No os sentís entusiasmadas al leer esta página? ¡Oh! ¿Por qué no tratáis de pareceros algo á san Francisco de Sales?

Ved además algunos rasgos de san Vicente de Paúl, porque, á nuestro parecer, nunca sobran los detalles en donde se pueden tomar lecciones de *afabilidad*.

«Se le ha visto cortar la conversación que tenía con personas respetables para repetir cinco veces la misma cosa á uno que no la comprendía, y decírsela la última vez con tanto sosiego como la primera.

»Se le ha visto escuchar sin sombra de impaciencia á pobres gentes que hablaban mal y largo tiempo.

»Se le ha visto á él, que estaba abrumado de negocios, dejarse interrumpir treinta veces al día por gentes escrupulosas, que no hacían más que repetir siempre la misma cosa en términos diferentes; oírlas hasta el fin con una paciencia admirable, escribirlas algunas veces de su propio puño lo que les había dicho, y explicárselo más extensamente cuando no lo comprendían bien.»

6.º—LA CONDESCENDENCIA

Esta virtud es también característica de nuestro amable san Francisco de Sales: «El condescendiente se acomoda á todo el mundo, en cuanto lo permiten la ley de Dios y la recta razón; es como una bola de blanda cera, susceptible de todas las formas, con tal que sean buenas; no busca en nada su interés, sino

el interés del prójimo y la gloria de Dios. La *condescendencia* es hija de la caridad, y se ha de cuidar mucho de no confundirla con cierta debilidad de carácter que impide el reprender las faltas del prójimo cuando hay obligación de hacerlo; eso no sería un acto de virtud, sino, al contrario, hacerse cómplice de la falta ajena.»

Condescender es en cierta manera *hacer descender* la voluntad propia hasta la voluntad de otro; es renunciar á la manera de ver, de pensar, de obrar, para *abrazar*, ó á lo menos para *aceptar* la manera de ver, de pensar, de obrar, de los que viven con nosotros.

Condescender es oír á un importuno; responder cortés y dulcemente á una pregunta fútil y vana; prestar un servicio inútil á uno que se imagina que tiene necesidad de él; interrumpir una conversación desagradable á alguno de los oyentes; hacer creer á una hermana anciana que es muy útil el trabajo que hace.....

¡Oh! Esta virtud cortaría las disputas y los altercados que ordinariamente, por un motivo fútil, turban las comunidades, y conservaría la paz del alma y la mutua unión.

7.º—LA URBANIDAD

La urbanidad, que colocamos entre las *virtudes menudas*, porque desde luego suponemos que las religiosas, por decirlo así, la sobrenaturalizan, es una virtud puramente humana, pero una virtud esencial para la buena

armonía de la sociedad. No es raro que las religiosas la olviden al parecer entre sí, acaso porque la miran únicamente como virtud humana. Sin embargo, la cortesanía nunca está de más en ninguna parte, y se la puede llamar *el vestido de la caridad*.

La urbanidad tiene por objeto *agradar* á las personas con quienes estamos obligados á vivir, y obrar de manera que todo el mundo esté contento de nosotros; *nuestros superiores*, de nuestro respeto; *nuestros iguales*, de nuestra estimación; *nuestros inferiores*, de nuestra bondad. Consiste en tener cuidado de decir á cada uno lo que le conviene, y hacer lo que puede contentarle.

«*Adelantaos los unos á los otros con pruebas de honor y de deferencia*», dice san Pablo; estas muestras de honor y de deferencia es lo que entendemos por cortesanía. No necesitamos entrar en pormenores, que ciertamente son conocidos de todos; diremos tan sólo que cada uno de nosotros se complace en verse honrado por causa de un secreto sentimiento que tenemos de nuestra dignidad, sentimiento que nos hace muy sensibles al desprecio y muy delicados en punto al honor; cada uno de nosotros ama al que le trata con respeto, y se siente como obligado á prestar los mismos honores que se le hacen.

De ahí que en las comunidades en donde reina la urbanidad cristiana y sobrenatural están desterradas *de las conversaciones* las palabras menos corteses, las alusiones groseras, las interrupciones, los gritos, las risotadas; *en el*

porte, la incuria y el desaliño; *en el andar*, la precipitación, la impaciencia atropellada, el atolondramiento, que nos expone á olvidar que las hermanas deben saludarse á lo menos interiormente, por respeto á la dignidad de su vocación.

Una advertencia al terminar esta enumeración de *virtudes menudas*, cuyo objeto es conservar la caridad en toda su frescura.

De cualquiera naturaleza que sean los actos de la caridad, necesita, más que las otras virtudes, ser practicada *con gracia*. La mansedumbre es la flor de esta virtud, la amabilidad es su fragancia. Cualquier acto de caridad, si se hace *sin gracia*, es un acto casi perdido. Un servicio prestado con gesto triste, avinagrado, mostrando pena ó disgusto, no produce más que una pequeña parte del efecto que estaba destinado á producir, y faltándole lo que debía hacer su encanto, apenas le tienen en cuenta ni Dios ni los hombres.

En este punto nos sucede lo que la sagrada Escritura nos dice de Dios: *que ama al que le da con alegría*.

Mas para que vaya acompañado de afabilidad, de condescendencia, de cortesía, de indulgencia cada uno de nuestros actos de caridad, tenemos que adquirir el hábito de dominarnos. No vacilemos, pues; velemos sobre nosotros mismos; combatamos valerosamente nuestra inclinación al egoísmo, á la sensualidad y al orgullo; se trata de la caridad, es decir, *de Dios*. Ninguna virtud lleva mejor consigo su recompensa en este mundo, y el Espíritu Santo quie-